Harbsembuch n-84, per una referenza incompleta
qui tenuta in lì vista

EL AMIGO DEL PUEBLO.

Sus, sor Atalayista: Ya tiene vmd. nuevos objetos que descubrir en el vasto horizonte, que debe dominar su lince vista desde el alto punto en que por sí y ante sí se ha colocado. Verdad es que son de aquellos, que es forzoso *soplar el polvo para percibirlos*; pero esto es para ojos vulgares, no para la penetrante vista del sor Atalayista, que todo lo ve, todo lo descubre, todo lo domina. Elevado á la cumbre del saber, y respirando desde su alta posicion un ayre mas puro, mas libre y mas sano que todos los que rampamos por la superficie de la tierra, no dudamos que nos corregirá con aquella caridad cristiana tan propia de su santo ministerio, tantas veces recomendada en el divino código de nuestra creencia, y que tanto brilla en todas las fraternales erecciones de su brillante pluma sobre; todo quando la esgrime para reprimir los desafueros de esas manadas de *liberales*, de esos pícaros sectarios de *Rousseau* y de *Voltáire*, de esos *ateos*, de esos *impíos*, que por mas que vmd. les grita con toda la pujanza de su bien cuidado pulmon, no puede lograr el apartarlos del camino del error, y persuadirles que el verdadero y único sendero es el que vmd. les traza y prescribe.

¡Oh, y quan mal conocen sus verdaderos intereses! Inflamados hasta el extremo con el nuevo órden de cosas, echando la de patriotas y amantes de la razon y de sus imprescriptibles derechos, se ven sin una blanca, apénas comen lo necesario para sostenerse, y llevar adelante su obstinado sistema, y se hallan privados de los halagüeños elogios que desde los sitios mas públicos pudieran tributarles los respetables báculos de la venerable antigüedad de los siglos medios. Empeñados en que todo lo han de deducir del evangelio y de la disciplina de los primeros siglos: alucinados por no sé que autorcillo, que dice eran los tiempos en que la Iglesia se hallaba en toda

su pureza, no hay quien les persuada que todo se ha de ir á buscar á aquellas preciosas edades en que saber leer el evangelio de san Juan era suficiente prueba para obtener el sacerdocio, y en que los obispos defendian por sí ó por sus comisionados sus haciendas con la espada en la mano. Que se obstinen, que dia llegará en que mil ojos piadosos y santos declaren haberlos visto revolotear por los ayres, envueltos en el brillante acompañamiento de todas las legiones infernales, como penetrantes y espirituales vistas viéron á Cárlos Martel por no sé que travesuras cometidas con los bienes eclesiásticos.

¡Mentecatos! ¿Á que ese desprecio del sórdido interes? ¿á que ese prurito de no dexarse llevar del espíritu de cuerpo? ¿á que ese empeño en no vender vuestra pluma aunque os hicieran cosquillas con algunos miles reales mensuales? ¡Que mal conoceis vuestro bien estar! ¡Quanto mejor os fuera ver vuestra casa siempre llena de adoradores, y no de esas clases despreciables, sino de aquellas que llevan encima una fábrica entera de tafetanes con su remiendo colorado al hombro, de los que han pisado suelos de palacios y secretarías, todos esperando que se despleguen vuestros labios, que les agracieis con una sola mirada, ó que quando hablan os digneis á lo ménos hacer algun gesto de aprobacion! Entónces, si fuérais al paseo, os rodearian veinte y cinco, y aun treinta personages, que apénas os dexarian andar á fuerza de hacer círculos, para no perder la menor sílaba que cayese de vuestros divinos labios. Si fuéseis á la imprenta, allí os seguirian, limpiarian el polvo de los bancos ántes de sentaros, se disputarian el honor de repasar las pruebas, y luego irian clamando de calle en calle, de puesto en puesto: ¡*Que bueno está el papel de mañana*! *Allí sí que se da en la cabeza á los* liberales: *es cierto que estos hombres son un prodigio*: *vaya que tenemos en ellos un tesoro*: *á no ser por su bien cortada pluma, mucho nos darian que hacer esos malditos* impíos, ateos, fracmasones; *pero ya, ya me los compondrán á todos.* Y en fin, ¿que mayor bien podíais esperar que en que todos se disputáran el honor de llevaros á sus casas, y sentaros á una mesa opípara, donde á costa de solo quatro bufonadas se engullen sin sentir ricos bocados? ¿No os estaria mejor que al preguntaros el criado: Qué quieren vmds. hoy? respondié-

su pureza, no hay quien les persuada que todo se ha de ir á buscar á aquellas preciosas edades en que saber leer el evangelio de san Juan era suficiente prueba para obtener el sacerdocio, y en que los obispos defendian por sí ó por sus comisionados sus haciendas con la espada en la mano. Que se obstinen, que dia llegará en que mil ojos piadosos y santos declaren haberlos visto revolotear por los ayres, envueltos en el brillante acompañamiento de todas las legiones infernales, como penetrantes y espirituales vistas viéron á Cárlos Martel por no sé que travesuras cometidas con los bienes eclesiásticos.

¡Mentecatos! ¿Á que ese desprecio del sórdido interes? ¿á que ese prurito de no dexarse llevar del espíritu de cuerpo? ¿á que ese empeño en no vender vuestra pluma aunque os hicieran cosquillas con algunos miles reales mensuales? ¡Que mal conoceis vuestro bien estar! ¡Quanto mejor os fuera ver vuestra casa siempre llena de adoradores, y no de esas clases despreciables, sino de aquellas que llevan encima una fábrica entera de tafetanes con su remiendo colorado al hombro, de los que han pisado suelos de palacios y secretarías, todos esperando que se despleguen vuestros labios, que les agracieis con una sola mirada, ó que quando hablan os digneis á lo ménos hacer algun gesto de aprobacion! Entónces, si fuérais al paseo, os rodearian veinte y cinco, y aun treinta personages, que apénas os dexarian andar á fuerza de hacer círculos, para no perder la menor sílaba que cayese de vuestros divinos labios. Si fuéseis á la imprenta, allí os seguirian, limpiarian el polvo de los bancos ántes de sentaros, se disputarian el honor de repasar las pruebas, y luego irian clamando de calle en calle, de puesto en puesto: ¡*Que bueno está el papel de mañana*! *Allí sí que se da en la cabeza á los* liberales: *es cierto que estos hombres son un prodigio*: *vaya que tenemos en ellos un tesoro*: *á no ser por su bien cortada pluma, mucho nos darian que hacer esos malditos* impíos, ateos, fracmasones; *pero ya, ya me los compondrán á todos.* Y en fin, ¿que mayor bien podíais esperar que en que todos se disputáran el honor de llevaros á sus casas, y sentaros á una mesa opípara, donde á costa de solo quatro bufonadas se engullen sin sentir ricos bocados? ¿No os estaria mejor que al preguntaros el criado: Qué quieren vmds. hoy? respondié-

seis con desenfado: Perdices, que ayer nos fastidiáron los pichones; y que quando se os antojase pudiéseis montar en ricos caballos, dar una vuelta por la Puerta del sol, dispensando proteccion, y no que teneis que andar á pie de contínuo, y las mas veces no muy bien calzados? Pertinaces *liberales*, haced lo que querais, que yo haré lo que debo, poniéndome baxo la egida del sor Atalayista.

Bien es verdad, que si todo se ha de decir, no está nuestra conciencia muy tranquila sobre esto del saber del sor Atalayista; pues quanto hasta ahora hemos visto, no contiene mas que quatro granos de sal sin moler, y pare vmd. de contar. Pero fuera sospechas, á un lado temores: es porque no le urgan, lo reserva para mejor ocasion. Y en efecto, ¿quien al leer el soberbio prospecto del Atalaya no quedará convencido que su autor es uno de aquellos hombres extraordinarios que de siglo en siglo se presentan para consuelo de la doliente humanidad, ensanchando el dominio de las luces, reponiendo á la razon en el goce de los derechos que la estúpida ignorancia y la astuta mala fe supiéron robarla mañosamente, y volviendo á la religion santa el primitivo lustre, rasgando el velo de las preocupaciones y errores con que la cubriéron los siglos de barbarie?

Asíque no crea el sor Atalaya, que siquiera se nos pasa por las mientes el haberlas con el Hércules de nuestra literatura, con el invicto Aquíles puesto al frente de los griegos para echar por tierra los muros de la sagrada Troya. Somos unos simples amigos del pueblo, que en el dia ni da púrpuras ni canongías. El Evangelio y la Constitucion son los libros que componen nuestra biblioteca, éstos son los que veneramos con el mas profundo respeto, y que por sostenerlos derramarémos gustosos hasta la última gota de nuestra propia sangre: con estos dos códigos, siempre á la vista, atacarémos á todos los presuntuosos semisábios, que califican de error todo lo que éllos ignoran: que condenan un autor sin haberlo leido: que se oponen al nuevo órden de cosas porque no lo oyéron en casa de su dómine: que no quieren las reformas, por no ser reformados: que sostienen los abusos, porque con ellos comen; y porque semejantes á las nocturnas lechuzas no pueden chupar el aceyte á no estar las lámparas apagadas. ¡Estamos! Nuestro único objeto es solo

el ilustrar al pueblo, poniéndole en estado de separar lo verdadero de lo falso, y no dexarse alucinar por tantos bocingleros de su bien estar, que socolor de amigos le estan labrando las mas duras cadenas, para entónces dominar á su salvo sobre seres degradados y envilecidos. Si así se verificare, quedarán cumplidos nuestros deseos; y quando nó, llenarémos á lo ménos el primer deber de un verdadero patriota, tratando de persuadir al pueblo quánto vale, si conoce su dignidad: quánto pierde, si olvida ó descuida sus atribuciones; y quánto le interesa el ilustrarse debidamente, para no dexarse alucinar de tantos como de mil maneras conspiran á su eterna ruina y monstruosa esclavitud.

Asíque ojo alerta, pueblo amado, contra tantos enemigos declarados y encubiertos de tu bien estar, quando debian consagrar todos sus talentos y vigilias á ilustrarte y ponerte en estado de conocer tu dignidad y valimiento. Guerra eterna á todos aquellos que afanan de contínuo; que no pierden medio, ni ahorran fatiga para abatirte, para degradarte, y para consolidar las bases del monstruoso sistema que quiere mantener al pueblo en el mas torpe embrutecimiento para reynar á su salvo á favor de los abusos. Estos seres maléficos temen los progresos de la razon: éllos no ignoran que una sana moral sería el arma mas temible para derribar la endeble base que los sostiene: temen que se corran los obscuros velos que los ocultan; pues vistos al natural, nos pareciera despreciable lo que un momento ántes miráramos como extraordinario. Abusos en la Religion, abusos en la Política, abusos en la Moral, son los apoyos con que quieren consolidar su endeble edificio. Los conocen tal vez, tal vez no ignoran lo torcido de sus intenciones; pero su bien estar, sus comodidades, sus regalos los obliga á sofocar el grito de su propia conciencia, y á clamar contra este nuevo y saludable órden de cosas. Quisieran que volviésemos á aquellos desgraciados tiempos, en que por la ignorancia profunda en que la política de los déspotas tenia la precaucion de mantener á esta clase de hombres respetables, que llamaban pueblo, hacian perder al hombre hasta la idea de su dignidad, y en que, temblando que echasen de ver que todos son hermanos, y que todos nacen iguales, sostenian el mas duro espio-

nage que estuviese siempre en alarma á la menor sospecha, y que velase atentamente para ahogar las primeras ráfagas de una luz bienhechora.

Pero ya desapareciéron estos desgraciados tiempos: el pueblo ha recobrado sus imprescriptibles derechos; y el sábio Congreso ha declarado que la *saberanía reside esencialmente en la nacion, y por lo mismo pertenece á ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales*: verdad eterna, que no habia mas que querer ver para percibirla al instante, á pesar de los vanos esfuerzos y ridículos sofismas con que los esclavos del tirano y los víles aduladores del trono han querido en todos tiempos embrollarla y robarla, por decirlo así, de la vista de los hombres. Ya está dado este paso agigantado hácia nuestro bien estar: ya está solo en nosotros el vivir libres ó esclavos: á nadie tendrémos que echar la culpa si recaemos de nuevo en las garras del despotismo. Todos hemos jurado el guardar y observar fielmente nuestra Constitucion: cumplamos, pues, religiosamente este juramento hecho con toda la efusion de nuestro corazon en los sagrados templos de nuestra augusta Religion, y sostengamos esta verdad tan conforme á nuestra razon, y que nos saca del vil estado de ser un rebaño de que dispone á su arbitrio un déspota insensato, que sin mas ley que su capricho, sin mas freno que su antojo, dispone del género humano como pudiera hacerse con el mueble mas despreciable.

De nada nos sirvieran las mejores leyes, en vano confiaríamos en la felicidad que nos ofrece el agradable quadro de nuestra actual situacion, si nos durmiésemos un solo momento, y olvidásemos ó descuidáramos este saludable principio, esta verdad incontestable; á saber: *Que el género humano no es, ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona*; y que si el hombre se ha constituido en sociedad, nunca fué para venderse á los caprichos de otros hombres, y sufrir todos los males, sin que le resulte ventaja alguna. No hay pueblo esclavo que no tenga en sus archivos las mejores leyes para asegurar su libertad; pero que de nada sirven desde que el ciudadano, dexando de serlo, ve con indiferencia pesar sobre sí las duras cadenas con que un déspota astuto y atrevido le aprisiona. Inútiles fueran los prodigiosos esfuerzos de nuestros actua-

les legisladores, que á tan duras penas han sabido darnos la mas sábia Constitucion, si nosotros olvidamos el deber que nos hemos impuesto de guardarla fielmente. La libertad no es una planta que crece de repente, solo con el tiempo adquiere fuerzas: no echa raices sino en el suelo que le es propio: exíge un cuidadoso cultivo; y necesita ser defendida con una atencion asídua contra los peligros que la cercan sin cesar. Imitemos á nuestro sábio gobierno, ayudémosle á velar de contínuo para conservar esta planta, no ménos preciosa que rára, contra tantas inmundas sabandijas, que hacen los mayores esfuerzos para despedazar sus raices é impedir su útil vegetacion. Esclavos por costumbre y conveniencia ¿como pueden contraer aquella libertad de pensar, aquella elevacion de alma, aquel espíritu de vigor y de fuerza que inspira la independencia, y sobre los quales se funda la buena acogida de la libertad naciente? Todos los que conocen su dignidad, y no son capaces de sufrir la esclavitud despues de haber respirado el áura saludable de la libertad, deben unirse estrechamente al sábio gobierno que actualmente nos rige: dar el mas pronto cumplimiento á sus sábias disposiciones, y coadyuvarle en quanto les competa, para que no se marchite la lozana planta de nuestra santa Constitucion.

Imitemos, pues, á nuestros fieles aliados, que zelosos hasta el extremo de su libertad, no perdonan medio alguno para conservarla de todos los tiros que pudiese asestarle un monarca déspota, y que no quieren, despues de haberla comprado á costa de tantos disturbios y de tanta sangre, que llegue el dia en que este déspota insensato absorva la substancia del pueblo para satisfacer la avaricia de sus valídos, y destruya la agricultura, las artes y el comercio por declarar guerras y firmar alianzas, en que jamas entra por nada el interes de la nacion.

Todos suspiramos, y debemos suspirar, por el feliz momento en que nuestro rey Fernando VII, libre de las garras del tirano, se restituya á ocupar el trono de sus abuelos. Sentado en su sólio, no ya con el despotismo de sus mayores, sino con las facultades que le concede la Constitucion, nos parecerá mil veces mas grande que lo que nunca lo fuéron sus ascendientes. Con la Constitucion en una mano, y la espada en la otra para hacer cumplir sus decisiones, hará feliz á su pueblo, y su nombre será col-

mado de bendiciones, y pasará de generacion en generacion como el padre de su pueblo, no su tirano; pues no se confiarán los mas preciosos intereses del pueplo á hombres que no tengan talentos ni virtudes, sino á aquellos que hayan hecho algun servicio á la pátria, ó sean capaces de hacerlo.

Y el querer que el monarca esté ligado por la ley, que no pueda aspirar al despotismo, que no pueda impedir la representacion nacional, que no pueda ausentarse del reyno sin consentimiento de las Córtes, que no pueda traspasar en manera alguna á otro la autoridad real, que no pueda tomar la propiedad de ningun particular ni corporacion, ni turbarle en la posesion, uso y aprovechamiento de ella; que no pueda privar á ningun individuo de su libertad, ni imponerle por sí pena alguna, y el querer, en fin, que esté sujeto á todas las restricciones que expresa el artículo 172 de nuestra sábia y respetable Constitucion, y que debemos defender y guardar con nuestra propia sangre ¿es querer por ventura que no haya monarca, y haber olvidado el amor á nuestro Fernando? Quando el inglés vela porque se guarde su Constitucion, y que el rey no traspase los límites que le prescribe la ley ¿se declara acaso contra su monarca, y quiere por esto trastornar el gobierno substituyendo una democrácia á la monarquía constitucional? Del despotismo es de lo que huye el inglés, pues de esto mismo es de lo que nosotros debemos huir. Estan harto recientes las llagas de ese infeliz reynado en que una Reyna empuñó las riendas del gobierno para entregarlas á un infame favorito, que jamas quiso atinar con el camino recto, y cuyas vexaciones y arbitrariedad reduxéron á la nacion al mayor grado de abatimiento, y que por colmo de sus maldades abrió nuestras plazas fronterizas á los satélites del déspota del Sena, para que con mas facilidad se sentase en el trono de Fernando el esclavo coronado que nos enviaba por rey.

Exêcracion eterna al malvado que pretende que el Estado sea un baxel mandado por un piloto, que sin responsabilidad alguna se exponga á los mayores peligros sin brúxula ni cartas, y que enmedio de las mayores borrascas se encierre en la cámara con la turba de sus sequaces, abandonando en el mayor peligro á los infelices marineros, que á costa de sudores y de su propia sangre

tienen que sacarle de aquel riesgo, miéntras oyen, para mayor dolor, confundidas las voces de alegría y contentamiento del piloto y demas valídos que sazonan sus festines con las lágrimas que vierten los desgraciados marineros, y con los alaridos de los estropeados por la tormenta.

Sor Atalayista, vaya una palabrita: He visto en su piadosa Atalaya del dia 3 una fraternal y caritativa reprimenda al señor don Josef Mor de Fuentes: lo que puedo decir á vmd. de paso es que siempre he oido á todos, que ha sufrido mucho por la buena causa, y que ayudó no poco con sus consejos y disposiciones á la heróica defensa de Zaragoza; pero por vida mia que jamas oí que el sor Atalayista asistiese á ningun hospital á confesar y socorrer á los enfermos, y limpiarles las inmundicias, ni tampoco á ningun exército á alentar con su exemplo y exhortos á los que iban á derramar su sangre por la causa de la pátria; sino que á manera de tahur, con su barajilla en el bolsillo, en qualquier parte sentaba sus reales; pues en llevando un par de pliegos de papel, pluma, tinta y un par de desvergüenzas estudiadas, ya estaba todo el axuar compuesto: ¡digno empleo de un ministro del altar! Por lo que toca á los otros dos perillanes, que todas las aguas del Jordan no bastarán para lavarlos, sepa que si hubiera tratado de exâminar mas de cerca este punto, no hubiera partido con tanta ligereza. Pero ya que, movido de tan santo zelo, levantó la voz, ¿por que no descargó la cuchillada contra cierto prelado, que llevó la cruz de la berengena, asistió á los circos, é hizo lo que cada hijo de vecino: es que.... basta, basta; ya entiendo, únos son de los *S.*, y ótros de los *L.*

Este periódico saldrá todos los mártes y viérnes: se admitirán quantos papeles quieran remitirse; y pondrémos todos los que contribuyan á ilustrar la opinion, y sostener el patriotismo. Si alguno fuera de esta capital quisiese que se inserten algunas noticias de sus respectivos pueblos, podrá hacerlo, remitiéndolas francas de porte, y con sobre *al Amigo del pueblo*, librería de Matute, calle de Carretas, junto á la imprenta nacional, donde se vendera y admitirán subscripciones. Tambien se darán todas aquellas noticias que merezcan mas fe, y quanto creamos que pueda contribuir á la ilustracion pública, y á enfrenar la arbitrariedad de las autoridades, que traspasen los límites de sus atribuciones.

MADRID, IMPRENTA DE LA COMPAÑÍA
POR SU REGENTE JUAN JOSEF SIGUENZA Y VERA.
AÑO 1813.